

Cuentos

Vicente Blasco Ibáñez

Edición de Juan Carlos Herrán y Emilio José Sales



CÁTEDRA

ÍNDICE

9 **Introducción**

9 Unos retazos biográficos: «Mi vida es acción y aventuras»

11 La pasión de la escritura

13 La literatura como documento humano

14 Y el espacio novelesco fue creciendo

15 Los temas

19 Tipos, personajes y símbolos

21 Más allá de los tópicos

22 Esta edición

23 **Cuentos**

25 *Dimoni*

39 Guapeza valenciana

59 El dragón del Patriarca

69 El establo de Eva

79 Primavera triste

89 Un funcionario

103 La barca abandonada

115 Venganza moruna

127 La pared

135 El último león

149 El monstruo

161 El automóvil del general

189 **Después de la lectura**

189 Paisajes de un hombre de acción

INTRODUCCIÓN

Unos retazos biográficos: «Mi vida es acción y aventuras»

En 1867, en una calle cercana al histórico edificio de la Lonja y al Mercado Central de Valencia, nace Vicente Blasco Ibáñez, sólo un año antes de que tenga lugar esa revolución liberal, conocida como «la Gloriosa», que para muchos marcará el inicio del movimiento realista en la literatura castellana. Blasco Ibáñez será un escritor íntimamente relacionado con esta tendencia artística, sobre todo con el Naturalismo. Pero si los manuales de historia literaria destacan como rasgo más destacado del novelista su admiración por esa corriente de origen francés, hasta el punto de describirlo como «el Zola español», deberás saber que el creador de los cuentos que tienes en tus manos fue mucho más que una etiqueta. Para entendernos: fue todo un personaje. Su biografía así lo demuestra e, incluso, puede competir en interés con sus propias obras literarias. Pocas veces alguien ha tenido una vida tan intensa como la suya.

Aunque estudió Derecho, apenas llegó a ejercer como abogado. Su afición por las letras y sus inquietudes políticas eran más poderosas. Tras fundar el periódico *El Pueblo*, se convirtió en Valencia en un verdadero líder del republicanismo, una ideología que difundió como periodista, pero también yendo de pueblo en pueblo convertido en apasionado orador. Fue una labor dura y llena de sinsabores. Es cierto que Blasco consiguió atraer el fervor popular hacia su persona, logrando ser diputado en varias legislaturas, pero la batalla

política tuvo una cara más amarga: sus ataques contra los conservadores, contra el clero o contra la postura del gobierno español ante la guerra de Cuba lo llevaron a la cárcel en repetidas ocasiones, lo obligaron a protagonizar algún duelo e, incluso, a abandonar su país con destino a Francia o Italia para escapar de la Justicia. Pero ni mucho menos se consuma con estos variados sucesos su biografía.

Además de destacar como escritor, político y periodista, también fundó dos colonias agrícolas en Argentina, después de haber recorrido y triunfado como conferenciante en aquel país. Como su aventura colonizadora fracasó, regresa a Europa justo cuando está a punto de empezar la Primera Guerra Mundial. Inmediatamente toma la pluma a favor de la causa aliada. Blasco tenía un espíritu francés, porque su republicanismo le llevaba a simpatizar con los ideales proclamados por la Revolución Francesa. Así que escribe otra vez artículos, una historia sobre la guerra e inicia la redacción de la novela que va a transformarlo en un escritor de éxito mundial: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916). Esto ocurrirá cuando la obra sea traducida en Estados Unidos y se multipliquen sus reediciones. A partir de entonces, la popularidad va a transformarse en buenos ingresos y en nuevos proyectos, porque, hay que decirlo, la literatura condujo a Blasco Ibáñez a entrar en contacto con Hollywood para convertirse también en guionista de cine, sin que para ello tuviese que renunciar a ninguna de sus anteriores inquietudes ni a sus grandes aficiones.

La bonanza económica le permite disfrutar de una mansión impresionante en la Costa Azul francesa y, como burgués enriquecido, puede permitirse dar la vuelta al mundo en un gran transatlántico. Pero sigue estando preocupado por los asuntos donde está en juego la libertad. Así, tras enterarse de que en España se ha implantado la dictadura de Primo de Rivera, inicia una campaña pública y periodística en la que arremete contra el propio rey Alfonso XIII. Él no podía permanecer callado ante lo que consideraba una injusticia. Y esa actitud luchadora, rebelde, le hace tener muchos enemigos.

Blasco era un personaje incómodo en el ámbito político y, por otra parte, en el mundo de las letras despertaba la envidia de otros escritores que lo acusaban de perseguir únicamente el dinero y el lujo. Si esto fuese cierto, no deberá ignorarse que él fue un gran

idealista. Trató de crear una Universidad Popular para educar a las clases trabajadoras y, de acuerdo con los ideales republicanos, incrementar el nivel cultural de la sociedad. Como editor, difundió la literatura extranjera a precios muy asequibles.

Su carácter polifacético, capaz de aventurarse en mil empresas y de dejar su huella en cada una de ellas, hacen del escritor una figura singular, novelesca, para la cual el éxito o el fracaso eran dos caras de la misma moneda: la vida, y la vida hay que vivirla intensamente. Blasco lo afirmó con estas palabras:

Mi vida es acción y aventuras. Yo fui un inflamado revolucionario. Pronuncié discursos, escribí artículos contra la opresión y estuve preso treinta veces. Sí, treinta veces, por cuestiones políticas, y de ello me enorgullezco.

La pasión de la escritura

Si te decimos que Blasco Ibáñez era un gran apasionado de la escritura, seguramente opines que esta afirmación es obvia y muy normal: ¿qué autor no simpatiza con el arte de escribir? Sin embargo, en el caso de Blasco la cuestión no es tan simple. Durante muchos momentos de su vida la literatura no fue su única ocupación, de ahí que se viera obligado a quitarle horas al sueño para dedicarse a la tarea creativa. Entre otras razones, había renunciado por ella a trabajar como abogado. Así que sus primeras novelas, las denominadas «valencianas», entre las que cabe mencionar *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900) o *Cañas y barro* (1902), fueron redactadas a altas horas de la madrugada, después de terminar la edición diaria de *El Pueblo*. Si a ello le unimos la exigencia que el propio autor se imponía de recorrer con sus ojos los mismos escenarios que después iban a pisar sus personajes y, además, tenemos en cuenta que Blasco también dedicaba mucho tiempo a sus actividades políticas, podrás comprender mejor que el ejercicio literario era el resultado de un gran sacrificio.

Blasco Ibáñez leyó durante su juventud todo tipo de obras que caían en sus manos. La escritura era para él un medio para fabular